

Ciudad y política

VÍCTOR JIMÉNEZ

Las palabras que se emplean en diversas lenguas europeas para hablar de la ciudad y lo urbano provienen en gran medida del griego y el latín (πολις [polis], *civitas*, *urbs*), como todos sabemos, pero no siempre somos conscientes de que tales voces alojan también en su campo semántico las funciones políticas y sociales que las ciudades griegas y romanas —y aún otras posteriores— acumularon históricamente: las propias de la ciudad-Estado, por ejemplo. De hecho ya se ha deslizado, en el párrafo anterior, una palabra derivada del nombre griego de la ciudad, pero que no siempre asociamos con ella: *política*.

Civilización, *urbanidad*, *ciudadanía*, entre otras, son palabras que también aluden a la ciudad, aunque no siempre lo recordemos y cometamos lo que alguno podría llamar tautología al hablar de, por ejemplo, una *política urbana*, un *ciudadano civilizado*, etcétera. Pero el lenguaje es sobre todo historia y sólo en último término gramática, así que podemos usarlo como prefería Pirandello: sin olvidar que tiene que ver sobre todo con las cosas y no únicamente con las palabras... Y las cosas humanas van acumulándose en el pasado, de donde puede traerlas nuevamente hasta nosotros la historia, la cual nos enseña que la forma más alta de organización que han logrado los hombres es, precisamente, la ciudad. Esta tremenda invención ha exigido a lo largo de los siglos, por su misma complejidad, de la más elaborada codificación de una *política* (como le interesaba a Aristóteles), de una *urbanidad* (*hay que* leer a Norbert Elias para asombrarse de lo extravagantes que somos), así como del establecimiento de unas obligaciones y derechos de los *ciudadanos* (aquí estamos en México, en esta materia, frente a un comienzo otra vez)...

Cuando *cayó* el Imperio Romano la Europa *civilizada* de entonces se volvió un paisaje agreste en el que dejaron de existir las ciudades. A este horroroso acontecimiento lo llamamos precisamente *caída* del Imperio Romano: todavía en el siglo XIX el lugar en que una vez se levantaron las basílicas en que se impartía justicia, la curia en que deliberaba el senado, los templos en que se pedía por la fortuna y otros edificios del foro romano era conocido como *campo vaccino*: es decir, campo de vacas, porque el ganado pastaba allí alegremente, como se ve aún en los grabados de Piranesi. Y si esto ocurrió con la propia Roma... La capital del Imperio se despobló en la Edad Media hasta tener sólo la décima o vigésima parte de los habitantes que había alojado en el momento de su auge. A la caída de Roma siguió la Edad Oscura: ese periodo entre el esplendor del mundo antiguo y el de su renacimiento (conocido, justamente, como Renacimiento), sin centros urbanos de importancia ni vida *civilizada* realmente digna de ese nombre. Pero llegó el año mil y las cosas empezaron a mejorar paulatinamente: resurge la *civilización*, precisamente a partir del renacimiento de las ciudades. Algunas de éstas llevan, en diversas lenguas europeas, el nombre de *burgos* (a veces incorporado al nombre propio), y sus habitantes serán conocidos como *burgueses*, para destacar su no pertenencia a la aristocracia ni al clero, pero tampoco a la servidumbre. *Burgués*: un término más que se incorpora a este apretado tejido semántico que envuelve a lo urbano, donde nadie podría establecer el límite entre lo concerniente a la ciudad misma, por una parte, y a la organización de sus habitantes para hacer posible su convivencia, por la otra.

Algunas veces el nombre que recibía la ciudad —comenzando por este mismo— era ya una decisión política, porque tenía implicaciones sobre el régimen de libertad o sujeción que tendrían sus habitantes: ser o no *ciudadano* ha sido, en ocasiones, algo más trascendente que ser el mero morador de un centro poblado. Y si pertenecer a una ciudad es a veces motivo del máximo orgullo para los hombres, ¿tiene algo de extraño que las guerras se ensañen particularmente con ellas? Porque no podemos concebir hecho más monstruoso que la destrucción de una ciudad: Cartago, Tenochtitlan, Lidice, Dresde, Hiroshima...

Ahora bien, ¿hemos sido alguna vez verdaderamente *ciudadanos* los habitantes de la Ciudad de México? Durante la Colonia, como lo ha expuesto Edmundo O'Gorman, era México una ciudad con un sistema de segregación racial muy preciso, similar en todo al que en el siglo XX recibiría, en Sudáfrica, el nombre de *apartheid*. Así que la mayor parte de los habitantes de la Ciudad de México no eran, ni por asomo, *ciudadanos*. Y quienes sí lo eran vinculaban su condición *ciudadana* a una metrópoli ultramarina. Enrique Semo proporciona un dato que basta, sin otro más, para entender la función que desempeñaba la "capital" en el sistema colonial: este papel "se sentía agudamente con la partida de cada flota o barco de la Nueva España. La pérdida de plata y oro, en esas ocasiones, era de tal magnitud que el comercio en la capital se paralizaba hasta tres meses después de la salida de la nave". Datos como éste nos hacen dudar de las halagüeñas menciones de

una mítica "ciudad de los palacios" (permanentemente descapitalizada?), y creer un poco más, tal vez en la descripción que hacía en 1858 Désiré Charnay, quien vio todavía la misma ciudad heredada de la época colonial: "La entrada a la Ciudad de México es la de un arrabal; nada hace esperar una gran ciudad. Las calles son sucias, las casas bajas, los habitantes andrajosos: muy pronto la diligencia ingresa a la Plaza de Armas, flanqueada a un costado por el palacio y al otro por la catedral. Se entrevé ahora una capital..."

Nuestra capital nacional llegó a la vida independiente carente de todo lo necesario para funcionar como tal: los ministerios, bibliotecas, tribunales, centros de enseñanza, etcétera, debían instalarse en antiguos conventos, templos o caserones de la aristocracia criolla. La renovación urbana vivida en Europa a lo largo del siglo XIX llegó aquí sólo a principios del siglo XX, y no necesitamos emplear los dedos de las dos manos para enlistar los proyectos que Porfirio Díaz pudo impulsar en un intento de emulación del esplendor urbano de otras latitudes. Las "colonias" o barrios impulsados durante el Porfiriato creaban la imagen de un progreso urbano que podemos calificar más adecuadamente como suburbano. Los franceses tienen una definición poco amable de cierta ciudad capital de una nación vecina suya: "c'est la banlieue d'une ville que n'existe pas", y el interminable paisaje suburbano de la Ciudad de México, que nunca la ha abandonado, responde muy bien, sin duda, a esta descripción.

Después de muchas deliberaciones no son pocos los estudiosos de la Ciudad de México que han llegado a la conclusión de que su colapso de las últimas décadas no ha sido sino el resultado directo de la falta de capacidad de decisión de sus ciudadanos en el gobierno de la misma. Sin ciudadanos reales no podemos contar con una ciudad real, sino sólo con una aglomeración. Este es, simplemente, un lugar común entre los urbanistas desde hace un par de décadas. Porque todas las soluciones técnicas existen, todas se conocen y se sabe muy bien cuál sería su grado de aplicabilidad en cada momento. Pero los técnicos saben, igualmente, que nunca ha existido la decisión política de hacer nada por la ciudad más allá de lo estrictamente coyuntural, y que aquí está el origen de todas las imposibilidades que ahogan a la Ciudad de México. No ocurrirá mañana, pero en algún momento los gobernantes de la ciudad deberán tomar la decisión de rehacer la Ciudad de México. Ahora suena descabellado, pero si recordamos que toda ciudad viva se construye de manera permanente y tomamos en cuenta también que la rehechura de la nuestra tomará muchas décadas, entonces veremos esto como inevitable.

Destruídas durante las guerras, son numerosas las ciudades que han podido levantarse de sus escombros y alcanzar un nuevo esplendor. Pospuesta su reconstrucción por la guerra fría, Berlín es ahora mismo uno de los lugares del mundo donde se desarrolla más actividad constructiva. En cualquier punto del horizonte se levantan las torres metálicas de las grúas, a veces concentradas por docenas, como en Potsdamer Platz. Evidentemente, la economía alemana hace posible tal actividad frenética, de una escala absolutamente histórica, pero no es menos claro que el espíritu implícito en la reconstrucción de Berlín es el mismo que movió antes y mueve ahora la economía alemana. Los alemanes saben, también, que sin una capital su civilización no estará completa. Ya la dilapidaron una vez, pero las ciudades pueden, a veces, tener una segunda oportunidad...

No es bueno en México dar la impresión de que se tiene una ingenua admiración por los alemanes, y es por ello adecuado recordar ahora que hacia 1950 o 1960 también teníamos los mexicanos una hermosa capital: si lo logramos una vez, podremos conseguirlo de nuevo, aunque por motivos diferentes que los alemanes. Y hablando de éstos, Paul Valéry no se engañaba sobre ciertas paradojas de la naturaleza humana, y por ello escribía, en la primera posguerra (1919): "las grandes virtudes de los pueblos alemanes han engendrado más males que cuantos vicios haya podido crear la ociosidad. Hemos visto, visto con nuestros propios ojos, el trabajo escrupuloso, la instrucción más sólida, la disciplina y la aplicación más serias, adaptadas a espantosos designios."

Tanto horrores no hubieran sido posibles sin tantas virtudes. Ha sido necesaria, sin duda, mucha ciencia para matar tantos hombres, dilapidar tantos bienes, aniquilar tantas ciudades en tan poco tiempo, pero han sido necesarias no menos *cualidades morales*."

Y todavía faltaba la segunda guerra. Sin embargo, nada justifica en Alemania o en México el pesimismo llevado al extremo de pensar que no hay futuro. Tras ya varias décadas de terribles fracasos en nuestra manera de convivir, los mexicanos, según parece, hemos adoptado la postura más escéptica que pueda imaginarse para pensar, por ejemplo, en la solución de los problemas de la Ciudad de México. Por ello resulta estimulante ver hacia un país cuyas virtudes lo han conducido a fracasos aun más horribles que los nuestros y que, a pesar de todo, tiene todavía una indudable capacidad para levantarse y comenzar de nuevo. Faltan muchos años para que la Ciudad de México vuelva a ser el lugar en que algunos pasamos nuestra adolescencia, paseando por el Paseo de la Reforma bajo una arboleda tan espesa que sólo la parte central de la avenida recibía algo de sol, y cuando también podía hacerse el mismo recorrido a las doce de la noche,

después del cine, sin el menor temor frente al semejante que se cruzaba con nosotros. Si perdimos esa ciudad fue, tal vez, porque no supimos convertirnos a tiempo en ciudadanos. De lo que no cabe dudar es de que aquella ciudad hermosa puede recuperarse. Estamos comenzando por transformarnos, sus moradores, en ciudadanos. Sólo después de este paso pueden iniciar su trabajo los urbanistas y los arquitectos. Parece que ya ha sido dado.